

Shana y el odio

Darío Pozo

El aeropuerto

Shana deposita su bolsa de viajes en la cinta del detector. No lleva más que ropa y algunos libros, pero el funcionario judío la abre de todos modos. Su compañero mira a Shana con desconfianza y revisa su pasaporte una y otra vez. Sin duda está comprobando la autenticidad de los sellos que marcan sus anteriores viajes fuera de Israel, verificando que coinciden con los datos que le muestra el ordenador. Shana se pregunta si también esta vez la conducirán a una sala aparte donde la obligarán a desnudarse, sometiéndola a un humillante registro de sus ropas y de su mismo cuerpo en busca de armas, de drogas o de cualquier otra cosa que les permita encerrarla en una de sus prisiones, y dejarla pudrirse allí en espera de un juicio que quizá no llegue nunca. No obstante el funcionario le devuelve el pasaporte y le indica con un gesto que puede pasar. A lo mejor ha leído en su pantalla que ya la han registrado otras veces y que nunca le han encontrado nada. Que ha cursado estudios en España durante cinco años y que está matriculada en un curso de doctorado en Roma para el próximo semestre. Que ya tiene reservado el billete para el viaje de vuelta. Que es una palestina buena, no una terrorista, que no hay peligro en dejarla embarcar.

Quizá el aeropuerto de Tel-Aviv no sea tan seguro después de todo.

Shana no lleva explosivos encima, pero sí un transmisor. Está oculto en uno de sus pendientes, y bastará presionarlo de determinada forma para que ejecute su función. Tal y como le habían asegurado, los dispositivos de seguridad del aeropuerto no lo han detectado. Ella no sabe qué es lo que activa, si se trata de una bomba o de algo más sofisticado, quizá un artilugio que provocará

una avería fatal en el avión. Lo único que sabe es que lo que sea lleva ya más de una semana oculto en las tripas del aparato, que alguien lo puso allí en una de las revisiones a las que ha sido sometido en un aeropuerto extranjero, y que se han tomado medidas para que no pueda ser fácilmente localizado. Alta tecnología que los palestinos no pueden pagar, pero sí sus *amigos* de Al-Qaeda. *Bin Laden pone el dinero, y nosotros los mártires*, piensa Shana con una ironía de la que se arrepiente al instante, enfadada consigo misma por albergarla. Nadie le ha obligado a dar este paso, y ella está convencida de darlo. De hecho lleva más de media vida esperando este momento.

El peor recuerdo de Shana

Ya ha pasado un rato desde que se escuchó la explosión. El padre de Shana acaba de entrar en la casa con rostro preocupado. Por lo visto un guerrillero de Al-Fatah ha conseguido derribar un helicóptero israelí con un lanzacohetes. Les dice a su hermano Ahmed y a ella que no se asomen, que los soldados judíos no tardarán en entrar en el campo buscando culpables. Todos se sobresaltan cuando alguien llama a golpes a la puerta. Su padre abre. Si son los judíos es mejor dejarles entrar y que vean por sí mismos que no tienen nada que ocultar.

Pero no son ellos, aún no. Es un palestino como ellos, armado, que se mete en la casa y cierra la puerta él mismo. Pregunta si hay otra salida. El padre de Shana responde que no, pero que la ventana del dormitorio da a la parte de atrás. El hombre le da las gracias y se escabulle por allí, no sin antes advertir que el enemigo le está pisando los talones. "Es él", susurra Ahmed muy excitado, "el que ha derribado al helicóptero". Dice que lo sabe porque lleva colgado a la espalda el lanzacohetes vacío, y que es de fabricación soviética. Ahmed tiene ocho años y admira mucho a los combatientes de Al-

Fatah. Para ser tan pequeño sabe ya mucho de armas. A Shana, que tiene diez años, no le gustan nada, le dan miedo, pero aún le asustan más los judíos. Su padre se queda junto a la puerta, les dice que se queden quietos. Su madre viene a sentarse en el suelo con ellos y les pone un brazo sobre los hombros a cada uno.

Se oye ruido de vehículos en la calle, gritos en árabe y en el incomprendible, aunque reconocible, hebreo. "Ya están aquí", dice su padre entre dientes, y añade "malditos". Alguien ha debido señalar hacia su casa, o quizá es que los soldados han visto entrar al guerrillero. Ni siquiera llaman, se limitan a derribar la puerta de una patada. Entra una cosa rodando. Es una granada de humo. A Shana empiezan a escocerle los ojos, la garganta le pica mucho y casi no puede respirar, Ahmed y ella rompen a toser. Su madre, tosiendo también, les echa su chador por encima intentando protegerlos. Shana alcanza a oír la voz de su padre, pero es acallada enseguida por el ruido de los disparos, muchos disparos. Shana siente la presión del brazo de su madre, que la empuja contra el suelo, y ella no se resiste. Gritos y más gritos, ahora todos en hebreo, también cristales rotos, pasos atropellados por toda la casa, y de pronto nada. Sólo un sollozo.

Shana está muerta de miedo, pero al final no puede aguantarse más y levanta la cabeza asomándose por debajo del chador. Casi no puede moverse porque su madre está echada aún sobre ella, pero al menos puede respirar, ya casi se ha disipado todo el humo. Al principio cree que es su padre quien habla, pero no es así. Es un soldado judío bastante joven, que se encuentra arrodillado junto a su madre buscando algo entre sus ropas, o quizá es que quiere quitárselas. Ahmed intenta impedirselo y el soldado le dice algo. Shana no le entiende, parece que repite todo el tiempo lo mismo. Shana abre la boca, muda de espanto, cuando ve que las manos del judío están manchadas de sangre. Sangre de su madre. Es entonces cuando ve el cuerpo de su padre, tendido junto a la puerta

destrozada, y también él tiene sangre encima y alrededor. Ni él ni su madre se mueven. Ahmed grita "¡asesino!", y el soldado judío se le queda mirando sin entender, con los ojos irritados a causa del humo, repitiendo sin cesar su letanía.

Vuelo 119 de Alitalia (1)

El sitio de Shana está en la parte central del avión, un Airbus A-300, junto a la ventanilla del lado izquierdo. A medida que se van ocupando los asientos que hay a su alrededor Shana va mirando los rostros de aquellos a quienes va a matar. No todos son judíos, pues éste es un avión italiano - le han explicado que la idea inicial era cometer la acción en uno de los vuelos de la compañía israelí El-Al, pero que a pesar de intentarlo no han conseguido acceder a ninguno sus aviones -. Muchos de los pasajeros son turistas que regresan a Europa. Shana se dice a sí misma que también ellos se merecen lo que va a pasarles, pues la mayor parte de su dinero va a engordar las arcas del estado judío - una vocecilla en su interior le recuerda que los turistas son la principal fuente de ingresos para los palestinos, pero ella la hace callar -. El resto, los que sí son judíos, son hombres de negocios, trabajadores de empresas de alta tecnología desplazados en el extranjero, funcionarios de la embajada en Roma. También hay estudiantes y unos pocos turistas que van en dirección contraria a los otros. Entre estos hay un par de familias con niños pequeños. Un hombre rubicundo, gordito y con barba se para en el pasillo consultando su billete. Lleva de la mano a un niño de cinco o seis años. La mujer que viene detrás debe de ser su esposa, con ella viene una niña un poco mayor. El hombre y el niño se sientan al lado de Shana, la mujer y la niña van a los asientos centrales. El niño le dice algo a su padre en hebreo. El hombre mira a Shana y sonríe con timidez. "¿Le importaría a usted cambiar el asiento con mi hijo?", le dice en inglés, seguramente la ha tomado

por europea. "Quiere ponerse junto a la ventanilla para poder ver cómo despega el avión." Shana le devuelve la sonrisa y se levanta para sentarse junto al pasillo. El niño le dice "thank you", claramente orgulloso de sí mismo, y el padre vuelve a sonreír a Shana. "Es usted muy amable." Al otro lado del pasillo la mujer también sonríe y explica a Shana que van a Roma de vacaciones. Shana tiene que hacer un esfuerzo para conversar con normalidad, le resulta extraño hablar con quienes van a ser sus víctimas. Shana siente un nudo en el estómago y se desprecia por ello. Debería sentirse feliz por lo que está a punto de hacer. Odia a los judíos un poco más por sonreírle así. Seguro que no lo harían si supiesen que están hablando con el ángel de la muerte.

El benefactor anónimo

Tras la muerte de sus padres, Shana y Ahmed se fueron a vivir a la ciudad de Belén con su tío abuelo Abdelkader, quien a pesar de no haberles visto nunca fue a buscarlos tan pronto como se enteró de lo sucedido. El tío Abdelkader era un anciano amable, de pelo y barba blancos, y desde el primer momento los trató con cariño. Era viudo y sus hijos hacía mucho tiempo que tenían sus propias familias, así que a él le quedaba sitio de sobra en casa para albergar a los dos huérfanos. A los dos días de llegar los acompañó a la escuela. Ahmed no quería ir, pero el tío Abdelkader le dijo que estudiar era muy importante, que seguro que eso sería lo que querría su padre, y al final Ahmed se dejó convencer. Shana se limitó a obedecer dócilmente, como su madre le había enseñado. Aunque le gustaba ir al colegio, si el tío Abdelkader la hubiese puesto a trabajar, por aquel entonces ella lo habría hecho sin protestar.

Habrían pasado un par de meses más o menos cuando llegó el primer sobre. En la parte delantera venían escritos los nombres de Ahmed y de Shana en caracteres árabes bellamente trazados, la

parte de atrás estaba en blanco. En el interior había varios billetes. El tío Abdelkader les dijo que era dinero americano, que podía cambiarse por cualquier cosa, y que aquel o aquellos que lo enviaban debían quererlos bien.

Al mes siguiente llegó otro, y al otro uno más. El tío Abdelkader les dijo que todo lo que no necesitaran se lo guardaría para cuando fueran mayores, que sería la mitad para cada uno. Ahmed dijo que tenía que ser más para él, que era el chico, pero el tío Abdelkader le contestó que precisamente por eso su hermana lo iba a necesitar más. Sería su dote para casarse algún día.

Los años fueron pasando y los sobres siguieron llegando. Para cuando terminó el colegio Shana tenía una buena cantidad ahorrada. También, y sin proponérselo, contaba con un par de pretendientes, hijos o nietos de vecinos del tío Abdelkader, pero ella no quería casarse con ellos. Un día le dijo a su tío que quería usar sus ahorros para irse a estudiar al extranjero, como había hecho uno de sus compañeros cuyos padres podían permitirse. Le explicó que quería hacerse ingeniera para ayudar al progreso de su pueblo, y que su profesión le permitiría ganar más dinero y juntar una dote mayor que la que ahora tenía. El tío Abdelkader, aunque ya era muy mayor, era bastante menos radical en lo concerniente a las tradiciones que otros hombres mucho más jóvenes. No era frecuente que las mujeres palestinas cursaran estudios superiores, y menos aún que lo hicieran lejos de casa, pero Shana se mostraba tan convencida de lo que quería que decidió apoyarla. Un sobrino de su difunta mujer vivía en España con su familia. Si Shana podía estudiar lo que quería en Madrid, el tío Abdelkader hablaría con él y le pediría que la ayudase a establecerse.

Shana se puso muy contenta y aceptó el trato enseguida. En los años que habían pasado desde que mataron a sus padres había cambiado mucho. A sus dieciocho años había dos cosas que tenía muy claras en la vida.

Una era que no quería convertirse en la sumisa esposa de nadie, que quería ser algo por sí misma. El estudio la había hecho mucho más independiente de lo que jamás hubiera sido su madre, que no había ido nunca a la escuela.

La otra era que, mientras no pudiese hacer nada para cambiar las cosas, prefería vivir lejos de aquel lugar en el que los blindados judíos entraban a cualquier hora del día o de la noche, en el que las excavadoras que derribaban la casa de cualquiera de quien se sospechara que era un terrorista, en el que las pedradas eran respondidas con ráfagas de ametralladora. Un lugar donde cada semana se celebraba un funeral por algún niño de trece años cosido a balazos, lo que hacía que Shana viviera siempre con el miedo de que en alguna ocasión le llegase el turno a su hermano Ahmed, que prefería las barricadas a los libros.

Gracias al dinero de su misterioso benefactor y a la comprensión de su tío, Shana tendría la posibilidad de conseguir ambas cosas.

El hombre del Mossad (I)

Sentado dos filas más atrás, al otro lado del pasillo, el hombre del Mossad observa a Shana con discreción. Ella es la única pasajera de origen palestino, y como tal la principal sospechosa de estar planeando algún tipo de atentado. Él, sin embargo, no lo cree probable. Conoce bien a Shana y se sabe de memoria su expediente, no en vano él mismo ha escrito la mayor parte. Sabe que está limpia, a pesar de lo que pasó con sus padres, y a pesar también de su hermano. El tal Ahmed lleva tirando piedras a las patrullas israelíes desde que era un mocoso, aunque el hombre del Mossad no ve nada sorprendente en ello, dados los antecedentes. Entre sus superiores hay quien piensa que el ser hermana de un joven que ha participado en la *intifada* - aunque nunca se le ha detenido, las cárceles están llenas de elementos mucho peores - es razón suficiente para no

permitirle salir del país, pero la tesis dominante es que hay que favorecer a este tipo de palestinos, que con sus estudios y costumbres occidentales suponen una especie de cáncer benigno que terminará con la rebelión de sus hermanos. Quizá. El hombre del Mossad se guarda para sí su opinión, él se limita a cumplir sus órdenes, que en este caso consisten en vigilar a la chica, asegurarse de que desembarca en Fiumicino y, si va alguien a recogerla, averiguar su identidad para incluirlo en su expediente. Por si acaso.

Es una misión de rutina aunque sin duda necesaria, pues hay más de sesenta israelíes a bordo cuya seguridad debe protegerse incluso ante amenazas tan remotas como la que representa la joven Shana. Una misión sencilla, "a piece of cake", como dicen los colegas norteamericanos, mas no por eso baja la guardia el hombre del Mossad.

Al otro lado del mar

Shana se había decidido por la licenciatura de informática. Todo el mundo parecía tener muy claro que los ordenadores representan el futuro, y eso era justo lo que ella quería, estudiar algo que le permitiese trabajar por el futuro de su gente. Cuando llegó a Madrid el pariente de su tío Abdelkader le había buscado alojamiento en una residencia de estudiantes - sólo para mujeres -, y se había encargado de matricularla en la Universidad Politécnica. Unos días antes de que comenzase el curso la acompañó hasta el campus de Montepíncipe, que estaba apartado del núcleo urbano, para que se aprendiera el camino y se familiarizara con los transportes que debía utilizar. Se tardaba casi una hora en llegar, pero ese tiempo podía emplearlo para repasar sus apuntes. Descubrió que había otros tres musulmanes en su clase, un marroquí, un libio y un sirio. Al principio se mostraron corteses con ella y la ayudaron bastante con el idioma, su mayor problema esos primeros meses - ella se defendía bien con

el inglés, pero apenas le había dado tiempo a aprender algo de español antes de venir -. Más adelante se dio cuenta de que, de algún modo, la mantenían aislada del resto de compañeros, especialmente de los chicos. Shana no dudaba de que actuaban de buena fe, pero le molestaba un poco que pudieran pensar que ella sola no era capaz de mantener su virtud, de comportarse como una buena musulmana. Quizá no fuera eso, a lo mejor tan sólo intentaban protegerla, aunque ella no lo hubiera pedido. Podría ser que alguno de ellos se plantease la posibilidad de cortejarla. Ella no iba a preguntárselo - eso sería impensable -, pero en cualquier caso no deseaba ser cortejada ni tampoco vigilada. En cambio sí que le apetecía conocer a gente de otras culturas, personas que no fuesen ni musulmanes ni por supuesto judíos. Shana supuso que sus tres compañeros no pondrían demasiadas objeciones si entablaba amistad con las otras chicas, y poco a poco se fue apartando de ellos aún sin perder la cordialidad.

Los españoles, en general, le gustaban. Alguien le dijo una vez que en Madrid nadie era un extraño, y aunque eso no era del todo cierto sí que se aproximaba bastante a la realidad. La gente mostraba cierta curiosidad al principio cuando se enteraban de que era palestina, pero a la mayoría les hubiera dado lo mismo si les hubiese dicho que era esquimal. Hubo quien le preguntó si había participado en la *intifada*, que era casi lo único que todos conocían de su pueblo, pero ella les respondía que no y la dejaban en paz. Shana llegó a entablar gran amistad con algunas de sus compañeras de clase, y también con las de la residencia. Aunque dedicaba la mayor parte de su tiempo a estudiar - cuando antes terminase la carrera antes estaría en condiciones de regresar y poner en marcha sus sueños - de cuando en cuando salía con algunas de ellas. Desde su llegada a Madrid había decidido no llamar la atención, así que vestía como sus amigas, si bien un poco más recatada, e incluso se maquillaba discretamente. No tomaba alcohol ni hacía nada que fuera en contra de sus

creencias, pero por lo demás pasaba completamente desapercibida, una más entre cientos de estudiantes de su edad.

Durante un tiempo fue casi feliz. Lo único que le impedía serlo del todo era el saber que las cosas en su tierra iban cada vez peor. Los noticiarios mostraban casi a diario escenas de incidentes entre su gente y el ejército judío. Los tanques, los helicópteros, los soldados caminando en grupo con sus fusiles de asalto, Shana rechinaba los dientes al verlos. Recordaba demasiado bien todo eso. Siempre se le venía a la cabeza la imagen de sus padres muertos y la sangre extendiéndose por el suelo.

De cuando en cuando, no obstante, veía algo a lo que estaba menos acostumbrada: colonias judías que habían sido atacadas con morteros, soldados caídos en una emboscada. Un autobús reventado desde dentro por los explosivos que un mártir llevaba pegados al cuerpo. Shana sabía que debería alegrarse al ver que los suyos devolvían algunos golpes, pero la mayor parte del tiempo lo único que sentía era horror y asco. Los muertos eran los muertos, a uno u otro lado. Todos dejaban seres queridos que les lloraban y que gritaban pidiendo justicia. Puede que como medio de defensa, su mente razonaba que aquello podía ser todo mentira. Quizá eran los propios israelíes los que cometían esas masacres para granjearse las simpatías de la comunidad internacional. Ella los creía capaces de eso y de mucho más.

Y sin embargo, a veces dudaba.

Cuando se produjeron los ataques del 11 de septiembre de 2001 Shana quedó conmocionada. Estuvo varios días sin salir a la calle y sin hablar con nadie, viendo a escondidas la televisión de la residencia y debatiéndose entre emociones y pensamientos contradictorios. Por un lado pensaba que los americanos se lo tenían bien ganado por su prepotencia, y sobre todo por apoyar a sus aliados israelíes hicieran lo que hicieran, llegando hasta extremos vergonzosos como vetar resoluciones de la ONU en contra de Israel

que de otro modo hubieran sido aprobadas. Y sin embargo las proporciones de estos ataques eran tan tremendas que escapaban a toda justificación que ella quisiera buscarles. En el peor día en los territorios ocupados los judíos podían llegar a matar a diez, a quince, a veinte palestinos. En esta ocasión los muertos se contaban por miles, la gran mayoría civiles. Una masacre inimaginable, cometida en nombre de su pueblo. Shana pasó mucho, mucho miedo. Temió la respuesta de los americanos, que el pueblo palestino pudiera ser víctima de un ataque igualmente devastador, o cuando menos que su causa quedase condenada para siempre. Según fueron pasando los días se tranquilizó un poco al ver que la furia de los americanos se volvía hacia los perpetradores de los atentados, Bin Laden y Al-Qaeda, y no contra los que habían servido de pretexto. La vida de Shana fue poco a poco volviendo a la normalidad, pero lo cierto es que ya nada fue lo mismo para ella. Aunque estaba convencida de la justicia de la causa palestina, ya no lo estaba tanto de los métodos usados para defenderla. En ocasiones se sorprendía pensando que a lo mejor sería preferible renunciar a su tierra si con eso era posible vivir en paz.

Pero cada vez que lo pensaba se obligaba sí misma a recordar el asesinato de sus padres y la miseria y la desesperación de su pueblo. Entonces todo volvía a parecerle justificado.

Incluido el estrellar un avión contra un millar de inocentes.

Vuelo 119 de Alitalia (2)

El avión despegó sin novedad y poco después sobrevuela el mar hacia Italia. Las instrucciones de Shana son esperar hasta que el aparato se disponga a aterrizar en Roma. Le han dicho que esta acción es tanto un ataque a Israel como a la Unión Europea. El primer ministro Berlusconi ha apoyado al criminal Bush en su guerra contra

los hermanos iraquíes, y ya va siendo hora de que descubra que sus ciudadanos no están a salvo del castigo. España ya lo ha comprendido - Shana recuerda bien los atentados del 11 de marzo en Madrid y los días que los siguieron, en los que por primera vez algunos de sus conocidos españoles se mostraron recelosos hacia ella -, ahora le toca el turno a Italia, y poco a poco les irá llegando la hora a todos los países *aliados*.

Por fortuna, la mujer judía se ha cansado de hablar - los monosílabos con los que le ha contestado Shana han debido contribuir sin duda a ello - y la ha dejado tranquila. La niña y ella se han puesto a ver la película. Mientras pretende prestar atención a la revista de la compañía Alitalia que ha encontrado en el respaldo del asiento de delante, Shana mira de reojo al hombre que tiene a su izquierda. El judío lleva todo el viaje contestando sin perder la paciencia a las preguntas que le hace su hijo. El niño, sentado aún junto a la ventanilla, señala las nubes que sobrevuela ahora el avión y parlotea sin parar. Hay algo en el judío que le resulta familiar a Shana, pero no sabe decir el qué. Mira el reloj. Falta hora y media escasa. Se pregunta que sentirá cuando llegue el momento. Si habrá una explosión brutal que acabará con todo antes de que pueda darse cuenta, o si se mantendrá consciente mientras el avión se precipita en llamas hacia tierra, escuchando los gritos aterrorizados del resto de pasajeros. Sin darse cuenta ha empezado a golpear el asiento delantero con la punta del pie. Su ocupante, un hombre maduro con gafas, se vuelve a mirarla. Ella le pide disculpas en inglés y le explica que volar la pone nerviosa. El hombre asiente comprensivo y vuelve a girarse hacia delante. Shana intenta pensar en otra cosa. Se esfuerza en recordar escenas felices de su infancia, como cuando su hermano Ahmed empezaba a andar y ella se empeñaba en ser ella quien lo sujetara. Sus padres se reían mucho. Sus padres, sus pobres padres. Como tantas veces, al pensar en ellos y tratar de recordar sus caras vuelve a verlos desangrándose en el suelo. Oye la voz del oficial judío

dando órdenes e ignorando la presencia de los dos niños. Siente a los soldados pasar corriendo sobre ellos, escucha el ruido de los cristales pisoteados por sus botas. Ve al soldado al que le lloran los ojos mientras registra las ropas de su madre. Shana respira hondo y siente cómo la rabia le corre por todo el cuerpo, aplastando cualquier duda que pudiera haber albergado hasta este momento. Aprieta los dedos contra los brazos del asiento y reza en silencio. Pide ayuda a Alá para que no le falle el ánimo cuando llegue el momento. Le pide que, si es posible, sea todo rápido.

Y que no haya supervivientes.

La vuelta a casa

Es el mes de junio y en la calle hace mucho calor, aunque no tanto como hará probablemente en su tierra. Shana entra en la residencia y se va derecha al teléfono, que en este momento no está siendo usado por nadie. Marca el número del señor Mohamed, vecino de su tío Abdelkader y uno de los pocos residentes del barrio que tiene teléfono propio, instalado en su tienda de pequeños electrodomésticos. Shana tiene una noticia muy importante que darle a Ahmed y a su tío: acaba de leer su proyecto fin de carrera y ha obtenido un sobresaliente *cum laude*. Por fin llega la hora de regresar, con el título bajo el brazo, y empezar a trabajar por el futuro de su gente. La última vez que había hablado con casa Ahmed le había contado que la Autoridad Palestina precisa informáticos para trabajar en sus oficinas, y que si ella volvía pronto podía tener un puesto asegurado. Es el señor Mohamed quien le coge el teléfono y le dice que espere. Al cabo de un par de minutos escucha la voz de su hermano Ahmed. Ella le cuenta alborozada su triunfo. Cuando acaba, al otro lado de la línea se produce un silencio. Shana está a punto de preguntarle a Ahmed si le ha oído bien cuando le escucha hablar por

primera vez tras el lacónico saludo inicial. Dice "el tío Abdelkader murió anoche".

Shana corre a comprar un billete de avión y sale esa misma noche hacia casa.

Al abandonar la terminal del aeropuerto de Tel-Aviv, tras los interminables controles y registros, se encuentra a Ahmed esperándola. Shana está triste por lo de su tío, pero siente una alegría inmensa al ver a su hermano. La sonrisa se le congela en los labios al ver la expresión de desprecio con la que él le corresponde. "Pareces una judía," le dice malhumorado. Shana se traga la respuesta cortante que se le ha venido a los labios y le explica "si vas con pinta de occidental te molestan menos." Del bolso de viaje saca un pañuelo oscuro con el que se cubre el cabello, y una chaqueta que le oculta los brazos desnudos. Como era de suponer, hace mucho más calor allí que en Madrid, pero Shana prefiere la incomodidad del pañuelo y la chaqueta a la mirada con la que la ha recibido su hermano. "¿Mejor así?" "Mejor", contesta Ahmed más relajado.

Juntos caminan hasta el taxi, un antiguo Mercedes de aspecto deplorable conducido por un muchacho más joven que Ahmed. El camino, bastante largo, lo hacen prácticamente en silencio. Shana se da cuenta de que Ahmed quiere contarle algo, pero que no lo hará hasta que estén solos. El taxi debe detenerse a las afueras del barrio. Los judíos han puesto barricadas en todas las entradas, hay vehículos todo terreno suyos en cada esquina. También hay un par de tanques. Ahmed escupe en el suelo tras recoger la maleta de Shana del maletero y pagar al conductor. "¿Desde cuando están aquí?" pregunta Shana. "Apenas se han movido de aquí en los últimos dos años. A veces se retiran durante unos días, pero al final siempre vuelven. El mes pasado hirieron a Rashid. Ha perdido un brazo." Shana sabe que Rashid es uno de los mejores amigos de su hermano. No es de extrañar que se le vea aún más tenso que de costumbre en presencia de los soldados judíos. También a ella se le revuelven las

tripas cuando tienen que presentar su documentación a uno de ellos para que les dejen pasar. Antes le hacen vaciar la bolsa de viaje y la maleta a Shana y registran las ropas de ambos. Los ojos de Ahmed echan chispas cuando el soldado le palpa a Shana los costados, las caderas y las piernas. Los judíos no les apuntan con sus fusiles de asalto, pero los tienen a mano, preparados por si la pareja de palestinos hace el menor intento de resistirse. Shana los maldice a todos en silencio.

El funeral por el tío Abdelkader es esa misma tarde, tan sólo estaban esperándola a ella. Acude mucha gente del barrio. Shana llora las lágrimas reprimidas durante el viaje y luego muchas más. Ahmed, sin embargo, no derrama ninguna, lo cual extraña mucho a Shana. Sabe que Ahmed quería tanto como ella al tío Abdelkader. No es hasta más tarde, cuando ambos se quedan solos al fin en la que durante años ha sido su casa, cuando tiene ocasión de preguntarle.

"El tío Abdelkader era un buen hombre, y los dos le debemos mucho," comienza Ahmed, "pero no entendía nada de nada. O no quería entender."

"¿Qué quieres decir?"

"Él decía que no debíamos enfrentarnos a los judíos, que la violencia sólo engendra violencia."

Shana suspira con amargura. "Puede que tuviera razón."

"¿Y qué debemos hacer?" estalla Ahmed, con una furia que Shana no le había conocido hasta ahora. "¿Tragarnos las humillaciones? ¿Dejar que nos aprisionen, que nos encierren tras esos muros que están levantando, y que impiden a muchos ir siquiera al trabajo? ¿Dejar que se queden para siempre con nuestra tierra? ¿Permitir que nos sigan matando a placer, con sus helicópteros y sus tanques?"

"Intentan evitar que se cometan atentados contra ellos." Shana no puede creer que esté diciendo esto. Es la primera vez en su vida que justifica a los judíos. Por un instante cree que Ahmed va a enfadarse aún más, puede que llegue a abofetearla. Él es hombre, ella es su

hermana y no está casada. La ley se lo permite. Ahmed, sin embargo, se limita a sonreír con ironía.

"Ellos los llaman atentados. Para nosotros son acciones defensivas. El único medio que tenemos para luchar por lo que es nuestro."

"¿Qué hay de la diplomacia?"

"¿Para qué nos ha servido? ¿Para qué le ha servido al *Rais* venderse a Occidente y declararse en contra de la lucha armada? Para que lo bombardeen y lo encierren en su residencia, para que le acusen de todo lo malo que pasa, cuando lo cierto es que ya ni siquiera nos gobierna. Ha perdido su legitimidad."

Shana agacha la cabeza. No sabe muy bien qué contestarle a su hermano. Lo ha echado tanto de menos que le duele que ahora no puedan hacer otra cosa que discutir. Después de un rato, no sabe cuánto, extiende la mano hacia él y encuentra la suya. Tira de ella y lo atrae hacia sí. Lo abraza como lo hacía cuando eran pequeños, cuando Ahmed se despertaba por las noches llamando a sus padres y era ella quien lo consolaba. Él se muestra reacio al principio, pero al poco la está estrechando con fuerza. Shana cree que ahora sí será capaz de desahogarse, pero Ahmed sigue sin llorar. Al cabo de unos momentos se separa de ella y la mira a los ojos. "Hay algo que debo decirte." Shana asiente, animándole a hablar. "Hace años, después de que tú te fueras, me hice miembro de los Mártires de Al-Aqsa."

Los Mártires de Al-Aqsa, la rama armada de Al Fatah, y principal responsable de los atentados suicidas contra los judíos. "¿Lo sabía el tío Abdelkader?" "Sí," contesta Ahmed, y no necesita explicar nada más. Ahora Shana ya sabe la causa de su distanciamiento. Pero aún hay algo más que su hermano quiere decirle.

"No me atrevía a contarte esto por teléfono, y quería que lo supieses por mí y no por las noticias. El tío Abdelkader me ha hecho ese último favor al darte una razón para venir precisamente ahora." Shana lo mira fijamente. Le da miedo escuchar lo que Ahmed va a decirle, y que ya presiente. Sus palabras caen como losas sobre ella.

"Me ha llegado el turno de convertirme en un auténtico mártir." Ahmed sonríe como si esperase que Shana le fuese a dar la enhorabuena. Pero no es así.

"¿Es que te has vuelto loco? ¿Cómo puedes pensar siquiera en hacer algo semejante?"

"Tú, mejor que nadie, deberías entenderlo", le contesta Ahmed entre ofendido y decepcionado, volviendo a mirarla como lo había hecho al recibirla en el aeropuerto. "Y si no lo entiendes es que te han cambiado mientras estabas fuera. Quizá ni siquiera eres ya mi hermana. Te pareces más al tío Abdelkader."

Sin darle tiempo a responder Ahmed se levanta y se marcha, dejando a Shana sola en la casa. Ella siente que una lágrima le resbala por la mejilla.

¿Cómo entender que su propio hermano esté dispuesto a suicidarse, por muy santa que sea la causa, por muy justo que sea su deseo de venganza? Shana quiere levantarse y seguir a su hermano, decirle que comprende que quiera luchar contra los judíos, que eso le parece bien y que también ella se propone luchar a su manera. Que lo único que no entiende, o no quiere entender - ¿no eran esas las palabras exactas con las que Ahmed se había referido al tío Abdelkader? - es que esté dispuesto a matar muriendo. Cuando sale de la habitación Ahmed ya no está, y Shana se da cuenta de que no sabe dónde buscarlo. Se arranca el pañuelo de la cabeza y se seca con él las mejillas húmedas por el llanto. Se sienta sobre un cojín y reflexiona.

Puede que Ahmed tenga razón al decir que la han cambiado. En España, donde ella ha pasado los últimos cinco años estudiando, también hay terroristas, y también ellos creen justa su causa, pero a ninguno se le ocurre realizar atentados suicidas. La autoinmolación es un concepto incomprensible para la mentalidad cristiana dominante en occidente. Tras pasar tanto tiempo entre ellos parece haber

absorbido algunos de sus pensamientos, quizá haya sido la maldita televisión.

Shana mueve la cabeza de un lado a otro, sintiendo que la angustia y el arrepentimiento se apoderan de ella. Ha sido egoísta por su parte marcharse tan lejos, dejando solo a su hermano y permitiendo que, cada vez más, otros piensen por él y se aprovechen de su odio. Son chicos como su hermano los que se prestan voluntarios para las acciones suicidas. Siempre son jóvenes e idealistas, y tienen razones personales para odiar a los judíos más aún que el resto de su gente. Pero si el Corán está en lo cierto - ¿cómo puede ella pensar siquiera lo contrario? - tras el martirio les espera el Paraíso, la recompensa eterna por su sacrificio y por la fe inquebrantable que con él demuestran. En cualquier caso la culpa no es de los que dejan las acciones en manos de los jóvenes, por muy cómoda que sea su posición. La culpa es de los judíos, que les roban su tierra y matan a su gente.

Ahora que lo piensa, no todos los suicidas son jóvenes impresionables. Los que estrellaron los aviones contra las torres gemelas tenían estudios y habían vivido en países occidentales, habían conocido otras cosas. Eran más bien como ella, sólo que no habían permitido que la vida entre los infieles corrompiera sus ideales. ¿Era eso lo que le había pasado a ella?

Shana pasa muchas horas allí, dándole vueltas a todo, comprendiendo que ha llegado a una encrucijada en su vida y que suya, sólo suya, es la responsabilidad de seguir el camino correcto. El día termina y pasa la noche. Ahmed no regresa en todo ese tiempo. El amanecer encuentra a Shana sentada en el mismo sitio, con el cuerpo entumecido pero con el espíritu resuelto. Ella también tiene fe, tanta al menos como Ahmed, y tampoco anda escasa de odio. Aquí y ahora toma una decisión. Será ella quien se sacrifique por la causa de su pueblo. Puede que sea mujer, pero también es la mayor.

Es su deber y su privilegio hacer lo mejor por su familia. Salvará a Ahmed y vengará por los dos a sus padres.

Vuelo 119 de Alitalia (3)

Primero en italiano y luego en inglés, el piloto anuncia por la megafonía que en aproximadamente cinco minutos tomarán tierra en el aeropuerto de Roma-Fiumicino. Es la hora. Shana acerca la mano a la oreja en un gesto casual, como si fuese a apartarse un mechón de pelo. El padre judío gira a la cabeza hacia ella y Shana le mira a los ojos. Quiere ver el rostro del enemigo en el momento final, se recrea en esa mirada. Es entonces cuando, de repente y sin previo aviso, su memoria se decide a rebelarle por qué las facciones del hombre le resultan tan familiares. Efectivamente, ella ha visto antes esa cara, sólo que mucho más delgada, más joven y sin barba. En el recuerdo los ojos claros del judío están enrojecidos y llorosos por el humo esparcido por la granada. Su boca dice una y otra vez algo que ella no puede entender. Algo ha debido ver ahora el judío, pues frunce el ceño y la observa con extrañeza. ¿Quizá también él la ha reconocido? Shana sabe que eso es casi imposible, pero en ese instante le cuesta pensar con claridad. Sus dedos rozan el lóbulo de su oreja y juegan con los bordes del pendiente. En su mente contempla de nuevo al judío, que entonces debía tener poco más de veinte años, reclinado sobre el cuerpo inerte de su madre. Shana aprieta los dientes con ira, saboreando el momento. *Alá existe, piensa, aquí tengo a uno de los asesinos de mis padres, y voy a matarlo a él y a toda su familia.*

El camino de la mártir

No le cuesta demasiado encontrar a un responsable de los Mártires de Al-Aqsa, sus militantes se encuentran por todas partes. Cuando le dice quién es y lo que pretende, accede a ponerla en contacto con el jefe de la célula en la que milita Ahmed. La entrevista tiene lugar dos días más tarde. El hombre le pide que vuelva a contarle su historia y sus razones para querer convertirse ella misma en una mártir. Shana responde a todas sus preguntas, y él asiente mostrando su aprobación. Se nota que está informado de antemano. Le cuenta, sin dar detalles, que la misión de su hermano será gloriosa, que se trata de hacer estrellarse un avión cargado de judíos, y que no está bien que pretenda privarlo a él de ese honor, que si lo desea habrá otra ocasión para ella más adelante. Shana piensa a toda prisa. Argumenta que si se trata de introducir algo en un avión ella es la persona indicada, pues ya ha estado en el extranjero y no tiene antecedentes por lucha callejera. Aunque Ahmed no ha estado nunca en la cárcel, es posible que no sea del todo desconocido para la policía judía. Es probable que ni siquiera le concedan el visado para salir del país. Esto capta la atención de su interlocutor.

Una semana más tarde todo está preparado. Su jefe, que no es el mismo hombre con el que había hablado y de quien tampoco conoce el nombre, le ofrece la posibilidad de dejar un vídeo grabado para sus familiares, como es la costumbre de los mártires. Shana acepta, pensando que es una oportunidad para decirle a Ahmed todo lo que no ha podido comunicarle en persona. No lo ha vuelto a ver desde el día en que enterraron al tío Abdelkader, aunque el jefe le asegura que no sabe que Shana ha sido reclutada y que va a llevar a cabo la acción prevista para él.

Shana se pone el mismo pañuelo oscuro que usó a su llegada. En lugar de un fusil kalasnikov prefiere que la graben con un ejemplar del Corán en las manos. Mira a la cámara y habla como si estuviese dirigiéndose a su hermano. Le dice que lo quiere y que está orgullosa de él, le explica por qué está haciendo lo que haciendo lo que hace.

Le pide, por favor, que no intente seguir su ejemplo. Le explica que su objetivo ahora debe ser casarse y tener hijos para que su familia no acabe con ellos dos. Que haya al menos un descendiente de sus padres que pise una Palestina libre en nombre de todos, incluyéndola a ella. Su jefe, testigo de la grabación, escucha con gesto grave sus palabras. Finalmente asiente y le promete a Shana que el mensaje será entregado tal cual. Shana le da las gracias.

Ahora ya está preparada.

El hombre del Mossad (2)

El hombre del Mossad sabe que está pasando algo raro aunque no sabe lo que es. No puede ver la cara de Shana, pero sí la extrañeza pintada en el rostro del hombre sentado a su lado. Los movimientos de los dedos de la joven en torno a uno de sus pendientes no le pasan desapercibidos. Entrenado para desconfiar de todo y sospechar de cualquier cosa, comienza a levantarse. Prefiere montar una escena a permitir que suceda algo que él podría haber evitado. ¿Qué está haciendo la pequeña palestina? Decide que lo mejor será acercarse desde atrás, sujetarla por las muñecas y comprobar que no tenga nada oculto en las manos. Revisará también sus pendientes por si no son sólo lo que parecen. Si le ha fallado el instinto le pedirá disculpas, o mejor aún, se hará pasar por borracho. Es un truco aprendido que ya le ha funcionado otras veces.

La azafata se acerca y le dice que debe permanecer sentado, que se ponga el cinturón para el aterrizaje, pero él la ignora. El hombre del Mossad se prepara para abalanzarse sobre Shana.

Shana y el odio

El tiempo parece detenerse. Shana coloca los dedos índice y pulgar en torno al pendiente y se prepara para accionar el dispositivo oculto. Mientras, en su recuerdo, más nítido de lo que lo había sido jamás, las manos del judío empapadas de sangre suben y bajan sobre el pecho reventado de su madre. Shana abre la boca con incredulidad al recordar el gesto e interpretarlo de nuevo con sus ojos de adulta. No la registra, no busca nada entre sus ropas, sólo intenta reanimarla. Se acuerda de su voz, de sus palabras, los sonidos de pronto tan claros, y las reconoce, ahora sí, entre las pocas que ha aprendido de hebreo a lo largo de su vida.

El judío dice "lo siento".

Durante años Ahmed y Shana habían dado por cierto que su anónimo benefactor, el que cada mes enviaba los sobres con dinero, debía ser la organización Al-Fatah o alguien que perteneciera a ella. Quizá incluso el propio activista al que su padre había ayudado a escapar de los soldados que le perseguían. Ahora se le ocurre una segunda posibilidad, que fuera uno de los asesinos el que, arrepentido, hubiera buscado de ese modo expiar su culpa. Quizá ese mismo hombre al que ahora mira a los ojos. En realidad ella no vio quien disparaba. A lo mejor no fue él, sabe que había otros soldados. A lo mejor su única intervención en aquel desgraciado incidente fue el intentar salvar a su madre. El judío le pregunta que si se encuentra bien, y realmente parece preocupado. Su hijo exclama excitado que ya se ve el aeropuerto. Shana odia a los judíos, es una de las pocas cosas que tiene claras desde que era una niña y vio morir a sus padres. La escena se repite una vez más en su cabeza, pero por primera vez se siente incapaz de odiar a este judío en particular. No llora por el humo, o no sólo por eso. Siente de verdad lo que está sucediendo y siente no ser capaz de devolverle la vida a la madre de Shana.

A sus espaldas, escucha como una azafata le dice a alguien que se siente.

No, Shana no odia a este judío, ni tampoco a su hijo, que tira de la manga de su padre mientras señala la ventanilla. Tampoco odia a su esposa, ni a su hija, ni a los pasajeros de este avión a los que no conoce. Odia a los soldados sin rostro que mataron a sus padres, y al primer ministro Sharon, y a todos los que han causado las desgracias de su pueblo, pero Alá la perdone, no los odia a todos. Recuerda las imágenes de los autobuses destrozados por las bombas de los suicidas, recuerda los trenes reventados en Madrid hace tan poco tiempo, y a sus compañeras de la residencia llorando frente a la televisión y preguntándole si no pensaba ir con ellas a la manifestación. De pronto siente asco de sí misma y aparta la mano de la oreja. No puede ni quiere hacerlo.

Su odio no es lo suficientemente grande como para abarcar a esta gente.

El hombre del Mossad (3)

El hombre del Mossad se detiene a mitad del movimiento, su mano izquierda apoyada ya sobre el respaldo del asiento que ocupa Shana. La azafata le sujeta amable pero firmemente por el brazo y vuelve a pedirle por favor que se siente - se lo dice en inglés y en italiano -. Escucha a Shana decir que siempre se pone nerviosa durante los aterrizajes. El hombre que tiene a su lado sonrío y le dice que no se preocupe, que antes a él también le pasaba lo mismo. El que está sentado delante se vuelve un instante y le dice que ánimo, que enseguida estarán en tierra firme. El hombre del Mossad se pregunta si los nervios de Shana serán reales o fingidos. En su expediente no pone nada de eso, pero tampoco puede descartarlo. En contra de su primer impulso se vuelve atrás y le pide disculpas a la azafata, que no le quita ojo hasta que se asegura de que se ha puesto el cinturón. Mira a Shana y le da la sensación de que algo ha cambiado en ella.

Su postura, su actitud, no parecen las mismas. Se diría que está más tranquila que antes, quizá ha sido por las palabras amables de los dos pasajeros. El hombre del Mossad decide seguir con el plan original. Seguirá a Shana cuando lleguen al aeropuerto, pero no hará nada más por el momento.

Roma-Fiumicino

Los pensamientos de Shana son un verdadero caos, pero al menos está segura de cuál debe ser su próximo paso. Tras pasar la aduana, cuyos trámites son infinitamente más sencillos que los de Tel-Aviv, en el mismo aeropuerto encuentra un lugar en el que puede cambiar parte de sus dólares por euros, y pide que parte se lo den en monedas. Busca un teléfono público e introduce algunas de ellas. El cartel que hay sobre el teléfono incluye una lista de números importantes. Está el de la policía. Marca el número y una voz masculina le contesta en italiano. El idioma se parece lo suficiente al español como para entenderlo, pero aún así ella habla en inglés. La primera voz da paso a otra, esta vez femenina y expresándose en correcto inglés, que le pregunta amablemente que qué desea. Shana le explica que está en Fiumicino, que acaba de desembarcar del vuelo 119 de Alitalia y que hay un artefacto explosivo a bordo - no está del todo segura de que se trate de eso, pero es lo que dice -. Antes de que la mujer policía pueda contestar, añade que lleva un transmisor oculto en su pendiente, y que va a dejarlo tras el teléfono desde el que está llamando. Después de eso cuelga y se dirige caminando hacia la salida.

El futuro de Shana

Shana toma un taxi y le dice al conductor que la lleve al Coliseo, el primer sitio de Roma que se le viene a la cabeza. No tiene ni idea de lo que va a hacer a continuación. Sí sabe que no podrá volver jamás a Palestina, donde pronto se la considerará una traidora. Su hermano la odiará por lo que ha hecho - o por lo que ha dejado de hacer - y ella, seguramente, jamás tendrá la oportunidad de explicarse ante él. Se le ocurre que es muy probable que tarde o temprano intenten matarla. Alguien de los Mártires de Al-Aqsa, por no haber cometido el atentado y haber avisado a las autoridades sobre ello, o un agente israelí por haberlo intentado. Esto último casi le da más miedo. Caer en manos de los servicios secretos judíos, que la interroguen durante un tiempo, que quizá la torturen, y al final, cuando les haya contado cuanto sabe, que la maten y la hagan desaparecer.

Sí, a lo mejor debería ocultarse, cambiar de nombre o algo así. Si consiguiese llegar a España a lo mejor alguna de sus amigas podría ayudarla. Bueno, al menos eso era un comienzo, una idea de por dónde seguir. No podía volverse atrás ni cambiar nada de lo que había hecho - o dejado de hacer -. Lo que sí podía era intentar seguir viviendo, y continuar desde ahí.

Ahora que todo ha pasado, vuelve a preguntarse si el soldado judío al que ha reconocido en el hombre del avión sería quien, durante tantos años, les ha estado enviando dinero a Ahmed y a ella. Sea así o no, decide creer que realmente no fue él quien abrió fuego contra sus padres. Eso la ayudará a poder dormir por las noches.

Todas las que le queden.

Mientras contempla a los turistas hacerse fotos delante del Coliseo junto a unos supuestos legionarios romanos, Shana hace examen de conciencia y se pregunta a sí misma qué es lo que siente. Melancolía, resignación, miedo, liberación... Es un poco de todo eso, y muchas cosas más que no puede explicar. Más claro tiene lo que no siente: arrepentimiento.

Shana respira hondo y se echa a andar.

El hombre que lo sentía

Mientras se alejan del aeropuerto rumbo al hotel, Moshé no puede quitarse de la cabeza a la joven que ha viajado junto a ellos, la que le cambió el asiento a David. Por un instante le ha parecido reconocer esos ojos, aunque luego ha desechado la idea por improbable. Lo cierto es que le ha hecho acordarse de un suceso que se había esforzado por borrar de su memoria, aunque había resultado crucial en su vida.

Durante su servicio militar obligatorio lo habían destinado al sur del Líbano. Fueron días muy duros, poco antes de que Israel abandonara definitivamente ese estado. Un terrorista palestino había derribado un helicóptero Cobra que sobrevolaba uno de los campos de refugiados. La unidad de Moshé recibió órdenes de entrar en el campo y salir de allí con la cabeza del terrorista, costase lo que costase. Ante la amenaza de volarle los sesos a su hijo de corta edad, una mujer les señaló una de las casas, poco más que chabolas, que en nada se distinguía del resto. El teniente ordenó a un soldado cuyo nombre Moshé desconocía que rompiera una ventana y lanzara una granada de humo, después él mismo se encargó de tirar la puerta abajo de una patada. Moshé y el otro soldado le siguieron al interior. Apenas se veía nada con el humo, y a Moshé enseguida se le irritaron los ojos. No había tenido la precaución de ponerse la máscara, como si habían hecho el teniente y el otro soldado. El teniente amenazó al hombre que encontraron en la casa para que les dijera dónde se ocultaba el terrorista. El hombre les gritó que no sabía nada, pero al mismo tiempo se puso en medio impidiéndoles pasar, o al menos eso le pareció a Moshé. El teniente dijo "quítalo de mi vista" y el otro soldado disparó una ráfaga. Moshé se dejó caer al suelo muerto de

miedo, mientras otros compañeros le pasaban literalmente por encima. El terrorista, si es que había entrado en la casa, ya no estaba allí. Salieron para seguir buscándolo, todos menos Moshé, que había ido a caer junto al cuerpo de una mujer, sin duda la esposa del hombre al que habían matado. Una o más balas perdidas la habían alcanzado también a ella. Moshé intentó torpemente reanimarla pero fue inútil, ya estaba muerta. Sólo entonces reparó en la niña y en el niño que se ocultaban bajo el chador de su madre. El horror, la impotencia y la vergüenza que sintió en ese momento fueron inconmensurables. Allí mismo decidió que cuando acabase el servicio militar no retomaría sus estudios de arquitectura, sino que se dedicaría a la medicina.

De vuelta a la base hizo acopio de valor y redactó un informe sobre lo que había visto, denunciando la conducta del teniente y la del soldado que había disparado sin que se le ordenara explícitamente hacerlo. Jamás supo qué fue de aquel informe, ni si su capitán llegó a darle curso. Lo que sí sucedió, quizá a causa del informe, aunque nadie le dio explicación alguna, fue que le trasladaron de vuelta a Israel y que pasó el resto del servicio muy alejado del frente. Después hizo firme su propósito y se matriculó en la facultad de medicina, de donde saldría años más tarde convertido en médico. Jamás volvió a ver ni al teniente ni al otro soldado, y mucho menos a los niños palestinos.

Sí, la chica del avión se parecía a aquella pobre niña. O a lo mejor no. El mundo estaba lleno de mujeres con los ojos grandes y oscuros, y la chica del avión no tenía aspecto de palestina. Seguramente era italiana, griega o española. Cualquiera sabía que habría sido de la niña palestina. Moshé no había podido hacer nada ni por ella, ni por su hermano, ni mucho menos por sus padres, pero era por ellos que había escogido una profesión que le había permitido ayudar a otras personas, incluidos algunos palestinos. Moshé deseó que esa niña y su hermano siguieran vivos, y que dondequiera que estuviesen ahora

fueran razonablemente felices. Después se concentró en olvidarlos de nuevo y disfrutar de las vacaciones con su familia.

El hombre del Mossad (4)

Han pasado dos semanas justas, y el hombre del Mossad está convencido de que la voz grabada en la cinta que les ha facilitado la policía italiana es la de Shana. Él la vio usar la misma cabina en la que se encontró el pendiente, a la misma hora en que se registró la llamada. También ha visto el pendiente y lo ha reconocido. El artefacto descubierto en el avión no era un explosivo, sino un dispositivo camuflado entre la aviónica del aparato que, al activarse, habría confundido todos los dispositivos electrónicos del avión, incluidos los que regulan el movimiento de flaps y alerones, volviéndolo prácticamente ingobernable. No es imposible que los pilotos hubieran podido evitar la tragedia, pero sí muy poco probable. Resulta extremadamente preocupante que los terroristas dispongan de material tan sofisticado, pero gracias a haber recuperado intactos estos equipos será posible prevenirse contra este tipo de ataques. Los técnicos siguen estudiando los componentes de ambos ingenios y rastreando su origen. Los italianos están investigando a toda persona que haya tenido acceso al avión en los últimos seis meses, tarde o temprano habrá detenciones. Además, los detectores de todos los aeropuertos de Israel serán corregidos para que no vuelvan a dejar pasar algo como el transmisor oculto en el pendiente de Shana. Un simple reloj digital los hará saltar, las colas serán interminables, pero ése será un pequeño precio a pagar si con eso se pueden evitar futuros atentados.

El hombre del Mossad se encuentra aún en las oficinas de Roma. Forma parte del equipo encargado de localizar a la joven palestina, pero por primera vez en su carrera el hombre del Mossad ha decidido

ser negligente. Hará lo posible por fallar en su cometido y que otros lo hagan también, y es que, más que nada en el mundo, desea que Shana escape.

Desde que ingresó en los todopoderosos servicios secreto israelíes, el hombre del Mossad ha hecho muchas cosas de las que no se siente orgulloso, pero no se arrepiente de ninguna, sabe que cumplía con su deber. La única sombra que, durante años, ha planeado sobre su conciencia, tiene que ver con Shana.

Aún siente fresca la impresión de haberla tenido tan cerca, por primera vez en tantos años.

La recuerda como la vio la primera vez, muerta de miedo junto a su hermano pequeño, asomando apenas bajo el chador de su madre. El padre les estaba estorbando, protegiendo quizá al terrorista que huía, aunque nunca lo sabrían con seguridad. El teniente le dijo "quítalo de mi vista" y él le puso el M-16 en la barriga para hacerlo apartarse. El hombre sujetó el cañón del arma con las manos y él, temiendo que intentase arrebatársela, apretó el gatillo. No había pretendido matarlo ni a él ni a su mujer, pero eso fue lo que sucedió. Nadie le reprendió por ello. El soldado que les acompañaba, cuya identidad le fue ocultada y él prefirió desconocer, presentó un informe en su contra, pero no pasó de la papelera del capitán.

Él, sin embargo, sí que se sentía culpable. Mucho. Cuando sucedió aquello estaba a punto de licenciarse. El mismo día en el que colgó el uniforme fue reclutado para el Mossad por un antiguo instructor. Utilizando los medios que encontró a su alcance no paró hasta averiguar cómo se llamaban los niños a los que había dejado huérfanos y a dónde habían ido a parar. Les envió una tercera parte de su sueldo del mes en un sobre, y continuó haciéndolo desde entonces. Nadie lo sabe, y nadie lo sabrá jamás.

Shana ha estado cerca, muy cerca, de caer en el abismo, jamás lo hubiera imaginado. Pero en el último momento supo hacer lo correcto, y el hombre del Mossad se siente reconfortado por ello. Está

convencido de que la educación que pagó su dinero ha tenido algo que ver, y eso hace que haya merecido la pena. Por desgracia ahora no habrá más remedio que vigilar de cerca de su hermano Ahmed. La investigación en curso apunta a que también él podría haber entrado en los Mártires de Al-Aqsa. Quizá a él no haya podido ayudarle. Al menos lo ha intentado.

Frente a sí, sobre la pantalla del ordenador, tiene varias fotos tomadas en Barcelona, España, dentro de un centro comercial. En dos de ellas reconoce a Shana. Puede que algún día alguien la encuentre, pero no será con su ayuda. El hombre del Mossad las marca con el ratón y las elimina de la base de datos.

FIN